



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

MARQUÉS DE RUESTRA



Politico habilidoso
 Y hombre de buena presencia,
 Tiene dinero, influencia,
 Juventud y un nombre honroso.
 Quien á tales aptitudes
 Une bondad y talento,
 Puede hacer bienes sin cuento
 De todas las magnitudes;
 Y los hace á todas horas:
 Porque á él se deben señores,
 Sus paisanos mil favores
 Y el pueblo muchas mejoras.
 Hombre recto, en fin, y exacto,
 Para apreciar su valer.
 Bastele á ustedes saber...
 ¡Qué es suscriptor del Extracto!

ENRIQUE LABARTA

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS



En visperos de una catástrofe. = La fiesta del trabajo = El mes de Mayo. = Ganas de chillar. = Les ha sorprendido.

de Madrid se hunde. Las 3.000 casas denunciadas, amenazan venirse abajo y en anuncio de sus propósitos, empiezan á caer como llovidos del Cielo cornisas, balcones y otros aditamentos.

Estamos expuestos (¡y tan expuestos!) á que el mejor día nos digan:

—¿Ha visto V. la piedra que ayer descargó en la calle del Turco?

—Hombre, he visto la que descargó en todas las calles, pues la tronada fué buena y el granizo cayó en abundancia.

—No, si no es por ahí por donde truena, es que en la susodicha calle tuvieron la dicha de recibir una ducha de piedras como *Boschs*, los pacíficos transeuntes que la cruzaban á las doce de la mañana.

—Y diga V., ¿hubo sucesos lamentables?

—Únicamente unos cuantos vecinos aplastados y un guardia del municipio mudo del susto al ver desprenderse aquellos trozos de granito.

—Pues no es nada lo del ojo. Y eso que fueron trozos de granito

¿eh? ¡Pues no digo nada si llegaran á ser de grano!

Y que esto ha de suceder no les quepa á Vds. la menor duda.

Un día en la carrera de San Gerónimo tienen que salir á la carrera varios *circunstantes*; otro día en la calle de Pontejos ¡pon! tejas y piedras se vienen abajo; otro en la calle de la Cruz, crucifican á varias hembras, las consabidas piedrecitas, y en fin que tenemos el alma pendiente de un hilo... de telégrafo, al que le dé por tirar un poco de la pared cercana.

Lo indudable, lo que no puede negarse, es que la capital de España se hunde, y que el Centro del movimiento, de la ciencia y del progreso españoles va á convertirse cualquier día en un montón de ruinas.

Y desapareciendo el Centro de la Nación no es preciso decir, como quedaremos todos los ciudadanos que tal desgracia presenciemos.

Quedaremos *desconcentrados*.

¡Todo acaba!

Hasta las huelgas, las tan aplau-

didias huelgas, que años anteriores eran el entusiasmo de los anarquistas y el espanto de los burgueses, han desaparecido.

Muchos comentarios podríamos hacer á este hecho significativo, pero no es oportuno.

Terminadas las *huelgas*, *huelgan* los comentarios.

* * *

En Mayo ya entramos queridos lectores, el mes que llamamos el mes de las flores, aunque en florecillas lo mas principal son... las natillas que hay en carnaval. El mes que gozamos de la primavera; y tenemos granos sin sembrar siquiera; el mes en que aumenta la felicidad y en que se acrecienta la maternidad. El mes de los dias mas pecaminosos, de las tonterías y de los gomosos. En que despejado está el horizonte; mes en que ¡cuidado si domina el monte! pues con tal verano y con tal color no hay un ser humano de estado... menor con sangre caliente é instintos de galgo que al monte (1) no atente ó no empeñe algo... En fin, mesecillo que á mucha salud acababa el pillo con la juventud. Yo pues, le saludo con prosopopeya.
—¡Señor *innesudo*

(1) Timba.

bien venido seya...
Pues en sus dominios hemos de cumplir sus dulces *desnios* gozar y vivir..
Y si el mes de Mayo no le agrada á Dios. Pues ¡que envíe un rayo que lo parta en dos!

* * *

¡Miren ustedes que los gritos que ahora se estilan son originales!

Antes los aficionados al mosto, ó al no mosto en prueba de nuestro amor al líquido *alumbrante*, gritábamos con frecuencia ¡viva el tinto! ¡viva la pipa llena!...

En cambio ahora ¿cuál creen ustedes que es el grito de actualidad?

Pues ¡viva cuba libre!

Y cuidado si se necesita valor para tal grito.

No, señor, por allá que griten lo que quieran, pero nosotros protestamos con ahinco.

Y al grito de ¡viva cuba libre! contestamos con el de

¡Viva cuba llena.. de españoles!

* * *

Y hablando de Cuba, diremos que nuestros políticos se han mostrado sorprendidos del movimiento.

Porque segun ellos los filibusteros han tenido el atrevimiento de *levantarse* sin avisar.

¡No que iban á llamar á la criada para que les sirviese el chocolate!

¿Qué no es eso, lo que esos señores dicen?

Pues ya sé lo que querían entonces; que los filibusteros hubiesen dicho:

«Señores gobernantes, vamos á tener la humoradita de sublevarnos, conque hagan ustedes el favor de enviar unos cuantos soldados, para ensayar la puntería...»

Gerardo Alvarez Limeses.

COMO EMPEZÒ Á ESCRIBIR LUIS TABOADA...

HACE ya tantos años que Taboada es amigo mío, íntimo y cariñoso, que recuerdo la amistad casi con espanto.

Porque me voy aproximando á viejo.

Y un viejo ó una vieja es el sér más despreciable del mundo.

Luis Taboada siempre pasó por niño gracioso, pero en el año de sesenta y seis no pensaba seguramente que tiempo andando había de ser también el escritor más ocurrente y más popular de España.

De todas maneras, á él y á mí, siempre *nos dió* por esto de las letras de molde y *cuando hacíamos algo*, comprábamos media docena de ejemplares del periódico para enseñar el trabajo á los amigos.

Taboada se *inició* en las letras en un semanario federal, que se titulaba *El Meteor*, del tamaño de un romance de viejo.

El federalismo vigués—pues *El Meteor* salía á luz en su pueblo natal, le importaba un comino, pero sin embargo, le proporcionò *el primer disgusto* en su vida por causa de la prensa.

Taboada en aquellos años tan hermosos, y cuyo recuerdo es tan feo ahora, se dedicaba al verso con preferencia á otro género.

Pero siempre demostrando predilección por el estilo cómico.

En los folletines del antiguo *Miño* se perderá, probablemente para siempre, una sección poética titulada *Gorgoritos*, que valía un imperio.

Eran aquellos versos la vanguardia de sus saladísimos y popularísimos artículos.

Había por aquel entonces en Vigo una afición desmedida hácia las letras.

En la actualidad ha variado bastante el gusto, pues entre un libro bueno ó una hoja de bacalao de Escocia, prefíerese esta hoja á las otras.

Luis Taboada se llevaba la palma entre los literatos incipientes.

Escribía versos á *feixes*.

Comedias en menos de una hora.

Y novelas con pasmosa facilidad y gracia.

Aún se conservan dos, que se llaman *Amores sentimentales* y *Un drama en Caldelas*.

Pero, á pesar de tantas virtudes literarias, á Luis Taboada le dominaba una fatalidad.

No contaba nunca con una peseta.

Y un día leyó en un periódico madrileño, que un caballero necesitaba para Secretario suyo, un chico, que supiese el francés y fuese listo.

—Aquí estoy, se dijo, ó nos dijo á todos, Taboada.

Reunió algunos cuartitos.

Se despidió de sus padres.

Abrazó á sus amigos.

Y tomando la diligencia—entonces no había trenes—se marchó á la Corte, en donde aún continúa.

Aquel caballero que necesitaba los servicios de un jóven instruido,

resultò ser el distinguido periodista D. Andrés Borrego, muerto últimamente.

De entonces comienza á datar la popularidad de Luis.

Brotó su primera chispa en forma de artículo.

Y lleva escritos unos catorce mil.

Nosotros, los de provincias, nos quedamos tamañitos, sin adelantar un paso.

Y sin ganar un céntimo.

Porque aquí se insertan muchas novedades para fomentar la afición á la lectura y á la suscripción.

Pero ni Labarta con su ingenio ni Martinez Salazar con su buena fé, han hallado el medio de gratificar, siquiera fuese una vez cada dos meses, á cuantos escribimos en sus revistas.

Siempre dicen que pierden.

Y nosotros no ganamos tampoco.

Luis Taboada no podrá tener ahorros.

Pero ha conquistado aplausos y popularidad.

Nosotros, ni lo uno ni lo otro.

Stuan Neira Canela



Parodias

EL MATUTE

- ¡Alto ahí!
 —Parar no puedo.
 —Ese saco ¿á donde vá?
 —Son unos cuantos jamones
 encargo de un concejal.
 —¿Cómo se llama?
 —Don Lucas
 —¿Gómez, también?
 —Claro está.
 —¡Adelante los faroles!
 —¿Quién los paga?
 —¡El preste Juan!

Te vi estudiando. . . ¡qué vago eras!
 Te vi empleado... ¡dichoso sér!
 Te vi cesante... ¡Jesús, que ojerás!
 Te vi casado... ¡no hay más que ver!

José G. Acuña.

A UNA ROSA

SONETO

Cuando naciste te llamaron *Rosa*
 y, por Dios, que en el nombre han acertado;
rosa tiene tu labio sonrosado
 y *rosa* tu mejilla candorosa.

Rosa existe en tu mano primorosa
 cual *rosa* que entre nieve haya brotado,
 y también tiene *rosa* el nacarado
 matiz de tu garganta pudorosa.

Teniendo tú mas *rosas Rosa* bella,
 que en Jericó las célebres colinas,
 ¿porqué una *rosa* nuestro amor no sella?

Dame una *rosa* si á mi amor te inclinas,
 que aplacará esa *rosa* mis querellas
 aunque sangre me infieran sus espinas.

Marcelino Sors Martínez.



AGUA DE COLONIA

LA señorita de Casa-grande entregó á Manuela dos duros, encargándole que de paso que iba al mercado, á la ciudad, le trajese un frasco de colonia.

Era Manuela una muchacha de aldea, tímida como un ciervo y bella como un angel de Murillo. Tenía unas facciones muy hermosas y delicadas, que contrastaban con su burdo traje de aldeana. No obstante, en sus frecuentes excursiones á la ciudad, no dejaban los gomosos de mirarla, diciéndole muchas sandeces que asustaban á la inocente niña y la obligaban á volver la cabeza no bien veía un señorito.

Así que hubo vendido el pequeño cesto de huevos que llevara al mercado, apresuróse á indagar dónde encontraría el frasco de colonia que le había encargado la señorita de su aldea.

Dióle noticias una revendedora, indicándole la perfumería y le dijo que también en las boticas solían vender colonia; pero Manuela prefirió ir á aquélla, porque tenía horror á las farmacias, de las que había oido peregrinas cosas en el lugar, en donde se decía que á las rúbias les sacaban las mantecas para no se sabe qué medicamentos.

Advirtiéndole que no la engañasen, porque no eran para ella, compró el encargo, deteniéndose bastante tiempo á causa de las muchas preguntas que con la natural curiosidad en las mujeres, le hizo la señora que despachaba.

En el camino, saboreaba la infeliz Manuela el rico aroma que había aspirado en la perfumería, haciendo mil conjeturas acerca de las buenas cosas que tienen las señoras, y en su afán de volver á percibir tan agradable olor, sacó de la faltriquera el frasco, desenvolviéndolo cuidadosamente y al topar con la resistencia del cristalino tapón llevábalo á las narices. Más todo en vano: al desenvolverle, todavía parecía notarse el olor, pero á medida que transcurría el tiempo, el perfume desaparecía.

Tanto le había cautivado aquel pícaro olor, de tal manera se había encariñado con el agua de colonia, que en su majin daba vueltas y revueltas al medio de hacerse ella con otro frasco como aquél.

¡Tener colonia! He aquí la pesadilla constante de Manuela.

Las diez pesetas eran quimérica ilusión, no había medio llegar á ellas. Si ella no fuese rúbia, iría á comprarla á la botica; allí, según le había dicho la revendedora, se vendía hasta por *perras gordas*. Diez céntimos, un real, quizás una peseta era cantidad que podía estar á su alcance..., pero dos duros... solo cuando su padre iba á la feria le había visto duros en el bolsillo.

Había que resignarse; ir á la botica, llevar una botellita y comprar un real de agua de colonia, única cantidad que consiguiera reunir, á pesar de sus muchos ahorros. ¡Cómo que ni siquiera tenía dedal!

Aunque en actitud de marcharse al menor movimiento, á la más leve contrariedad que le ocurriese, entró con ánimo decidido en una botica; llamó en los cristales y un dependiente de encorbada nariz, orejas alicaídas

y escasa barba; hombre que durante el invierno luchaba con los sabañones sin conseguir su desaparición más que con los famosos polvos de Mayo, miró al través de los limpios cristales á la rapaza y, con cara de cordero asado, abrió la ventanilla.

—*Déame un patacón de colonia;* dijo Manuela alargando el diminuto frasco; y con serenidad aparente púsose á contemplar las bonitas pinturas del techo, las grandes redomas de tallado cristal y la infinidad de variados tarros y frascos que con sus correspondientes rótulos, estaban en correcta formación colocados en los inmensos estantes.

El mancebo, que se moría por todas las chicas guapas, no quitaba los ojos de Manuela que parecía comérsela; sacándole de su amoroso éxtasis, la voz chillona de la aldeana que gritó:

—*¿Vosté despáchame?*

—Si hermosa rubia; contestó el aprendiz de farmacéutico corriendo presuroso; y tomando la botellita de Manuela que dejara sobre el velador, la llenó de un líquido trasparente y claro como el agua de la fuente, que contenía un panzudo botellón de largo cuello.

—Llevas colonia de la más exquisita, dijo entregándole el frasco y cobrando los diez céntimos.

Cuando se vió la muchacha en la calle respiró como si la hubiesen quitado un enorme peso; guardó, después de envolverla en su pañuelo, la deseada colonia y emprendió gozosa el camino de su casa.

No bien salió fuera de la ciudad, miró á uno y otro lado y convencida de que no era vista por nadie, se apresuró á aspirar el fuerte perfume.... En verdad que debía ser fuerte porque la chica quedóse casi sin sentido; los árboles, la campiña, todo andaba á su alrededor. Tuvo necesidad de sentarse: estaba completamente mareada; aquélla no era la colonia que había llevado para la señorita de su aldea, aquel olor era repugnante, mataba....

Arrojó con fúria el frasco, que se estrelló contra una piedra, exhalando de nuevo aquel aroma que llegaba hasta ella, causándole nuevo vértigo.

..Se levantó, y corriendo cual si hubiera perpetrado horroroso crimen, maldijo de la botica, del dependiente y de la encantadora colonia.

Mientras tanto el mancebo se tiraba de los pelos en la trastienda de la farmacia: aturdido, cambiara los botellones y, en vez de darle agua de colonia, entregara á la rubia fascinadora gran cantidad de amoníaco.

J. Vega Blanco

CARTA ABIERTA

Meu bon amigo Labarta:
Vostede seica m' embroma
con carta tras outra carta;
si de versos non se farta,
¡malo raxo nunc' o com:!
Non m' exprico tal empeño
en vesté, tan bon pöeta...

¿Versos á mín? ¡Ora o deño!
Por Dios, non me comprometa
pidíndome o que non teño.

Y-aunque fora, com' alguén,
bon poeta, e non d' os *chocos*,
os versos, x'o sabe ben,
non se lle fan como quen
traballa n-un par de *zocos*.

Fai tres meses que saín
de Galicia pra León,
é supoñer deb' o fin,

Las economías.-- Monólogos de actualidad



Una muchacha casadera.—Papá dice que hay que hacer economías en el personal y que todos debemos dar muestras de patriotismo. Tengo dos novios: un oficial de caballería y un mancebo... de ultramarinos. ¡Bien! ¡Suprimiré el segundo! ¡Estoy deseando que llegue el dependiente para entregarle la cesantía!



Un capitalista.—¡El país pide economías! ¡Por mi parte desde hoy economizaré trabajo y dinero! ¿Cómo? ¡Pasándome la vida sin hacer nada, y sin dar un cuarto á alma viviente! ¡Todos debemos contribuir á salvar la situación!



Una madre de familia.—¡Hay que hacer economías en el presupuesto doméstico! Suprimiré el capítulo de trajes para andar por casa. A mi marido le compraré un taparrabos de percal; y los niños y yo andaremos en camisa. ¡Con doce hijos y 750 pesetas de sueldo, no podemos arribar á otra cosa!



Un pretendiente pesado.—¡Todos los días me presento al Ministro para que me reponga en mi destino, pero ese hombre no piensa más que en las economías! ¡Hoy al irle á importunar por la vigésima vez, se ha incomodado conmigo de tal manera, que me hizo bajar de un salto á la calle! ¡No me cabe duda que ese ha sido un ensayo! ¡En su afán de economizar hasta quiere, por lo visto, suprimir las escaleras del Ministerio!



Un cesante.—¡Estoy dispuesto á bajar de categoría en la escala zoológica! ¡La situación de hombre es insostenible! ¡Me dedicaré á pastar, único medio de poder mantenerme! ¡Hoy haré el primer ensayo comiéndome unas cuantas raíces! ¡Si el éxito corona mis esfuerzos, solicitaré una plaza de carnero en el primer aprisco que encuentre!



Un paleto.—¡Tratándose de economías el ministro y yo estamos de la misma opinión! En casa somos dos: el burro y mi persona; pues bien: cuando no hay dinero le acorto la ración al burro y asunto concluido.

como deb' andar en min
o rayo d'a inspiración.

Que n-esta terra noxo a,
qu' é de Gálicia ó riverso,
estall' á pruma perguizosa
hastra pra esquirbir en p:osa
para canto mais en verso.

Pois eiquí n'habrá cicais
media dúcia de gallegos,
y-á terra é triste demais;
qu' eiquí non se lle ven mais
que canònegos é cregos.

Por eso, conta cabal
facendo, de qu' estou mal,
Sagasta dispuxo ó fin
que veña pra xunto á mín
ó *capitán xeneral*.

E que' ha de vir elle visto,
po-l-a sua comenencia,
pois vind' a miña querencia,
xunto de min ¡pouco *pisto*
que, ha de tær á *sua excelencia!*

Eu, votando á conta toda,
anqu' o Alcalde se negue
á seguir d'io verso á moda,
xa teño feita unha *oda*
pra espetarlle, cando chegue.

N-é extrano, pois, que en Galicia
ande a xente alborotada...
¡Un *xeneral!*... ¡Non ch' é nada!

Eu xa medrei, co-a noticia,
o menos média pulgada!

Háill' eiquí tal tolería,
que xa ll' estou medio xordo
con tal berrar d' alegría...

¡Rayo de *capitanía!*
¡min que fora ó premeo *gordo!*

Tales tolerías fan,
que s' a concesión s' otorga
dis q' han bailar o *can can*,
cando veñ' o *Capitán*,
os *maragatos* d' Astorga.

Mais eu, xa d'os nervios crispo,
á seus gustos non me baixo,
nin co-alegría m' *achispo*,
aunque beilase o obispo
de cabeza par' abaixo.

Y-así, caladiñamente,
anque vosté non-o crea,
digoll' a osté francamente,
que estou com' un can doente
que estivese n-a cadea.

Po-lo tanto, non remexo
mais á tinta, qu' ô que vexo,
o verso non me da xogo.
Dios lle dea o *ascenso* logo,
como pra mín desexo.

Javier Valcarlos @campo.

EPISODIOS DE LA VIDA ESCOLAR

SUSTITUCION DE PERSONAS

— HISTÓRICO —

I

PETEIRO era un muchacho muy listo y muy travieso que estudiaba tercer año de Derecho y vivía en compañía de un veterinario que, por especial encargo del curador del chico, le seguía á todas partes como la sombra al cuerpo.

Porque hay que advertir que el infeliz Peteiro comía con el veterinario, paseaba con el veterinario, dormía con el veterinario y, en fin, cuando iba á cátedra le acompañaba el inflexible veterinario hasta la puerta de la Universidad.

Llamábase el averiado Mentor de este segundo Telémaco, D. Hermenegildo Beidoa; y era un hombre mal encarado, nervioso, de pocas carnes, tan diminuto que á pesar de sus cuarenta años cumplidos apenas representaba veinte, y con una profunda cicatriz en forma de herradura sobre la mejilla derecha, especie de marca de fábrica con que le señaló cierto día uno de sus *clientes*.

Excusado es decir que Peteiro le profesaba un ódio africano á su Mentor.

Un día, D. Hermenegildo, que acababa de llegar de vuelta de un viaje que había hecho á Ponferrada, encarándose con su víctima, le dijo:

—Caballerito: hace ya tiempo que no hemos dado un paseo juntos. No sé como se las habrá arreglado V. durante mi ausencia.

—¡Divinamente!—murmuró Peteiro para sus botones.

—Le han faltado á V. por unos cuantos dias mi apoyo y mis consejos.

—¡Ojalá continuaran faltándome todavía!—volvió á exclamar Peteiro con su lengua pequeña.

—Sin embargo, esta tarde aún no podrá V. salir conmigo.

Peteiro respiró con fuerza como si le hubiesen quitado de encima seis arrobas de peso.

—Tengo que visitar á una modista por encargo de su familia de Ponferrada y no es conveniente que V. me acompañe. En el taller hay, según he oído decir, media docena de trabajadoras que son muy bonitas.

Peteiro se pasó la lengua por los labios.

—Por consiguiente—continuó el veterinario—esa visita sería peligrosa para usted; porque á la vista de las aprendices se despertarían en su tierno corazón sentimientos pecaminosos. De suerte que V. me esperará en casa hasta la vuelta. Estoy con V.

Y dicho esto, D. Hermenegildo se fué, dejando á Peteiro por la primera vez de su vida, un poco antrariado por no poder acompañarle.

Aún no habia trascurrido un cuarto de hora cuando apareció de nuevo D. Hermenegildo, exclamando:

—¡Ya estoy de vuelta! Doña Petronila habia salido; y aunque me dijeron que volverá enseguida, no he querido esperar. Dejaré la visita para mañana.

—¡Pronto ha llegado V.!—se atrevió á decir Peteiro!

—Sí; porque doña Petronila Roca, que es la modista para quien traigo la visita, vive en la calle de * * * número 7, es decir, á un paso de aquí. ¡Me contraria no tener esa ansia fuera! ¡No me gusta visitar á nadie; y sobre todo á personas á quienes no conozco!

—¿No conoce V. á esa señorita?—preguntó Peteiro con interés, porque una idea luminosa acababa de cruzar por su mente.

—No; solamente por referencias de su familia.

Peteiro quedóse un momento pensativo y luego exclamó de pronto, dándose una palmada en la frente:

—¡Dios mio! ¡Vaya un olvido!

—¿Qué le sucede á V.?

—¡He dejado el libro de texto en casa de un condiscípulo y no puedo estudiar la lección para mañana! Si V. me permite saldré á buscarlo corriendo.

—Pero, Sr. de Peiteiro, ¿dónde tiene V. esa cabeza? Bien: vamos á buscar ese libro los dos juntos.

—Si V. me permite iré yo solo, porque así volveré más pronto.

—Bueno: vaya V. y vuelva en el término de veinte minutos. Le espero aquí.

Aún no habia concluido D. Hermenegildo de otorgar su permiso cuando ya Peteiro bajaba las escaleras de cuatro en fondo, repitiendo en voz baja:

—Doña Petronila Roca, calle de * * * número 7.

Una vez en la calle apresuró el paso cuanto pudo y al cabo de tres minutos escasos paróse ante una casa de buen aspecto, la miró detenidamente, entró en el portal y, después de vacilar un momento, tiró del cordón de la campanilla.

—¿Quién?—preguntó una muchacha fresca y colorada, abriendo la puerta.

—¡Servidor! ¡Me hace V. el favor de decir si está visible doña Petronila?

—Tenga usted la bondad de pasar—dijo la jóven acompando á Peteiro hasta el taller de donde se hallaba la modista al frente de sus trabajadoras.

Era doña Petronila una solterona muy remilgada, y horrorosamente fea. Tan fea, que parecía un guardia de puertas afeitado. En cambio, las seis trabajadoras que tenia á sus órdenes eran tan bonitas, que á Peteiro le vinieron tentaciones de hacer una barbaridad.

Después de los saludos de ordenanza y de haber tomado asiento Peteiro, previamente invitado á ello por doña Petronila, hubo un momento de silencio durante el que las siete mujeres tomaron la filiación del recién llegado con todos sus pelos y señales. Y debieron de quedar satisfechas de su exámen; porque Peteiro era un jóven muy presentable y altamente simpático.

—Señorita—dijo el estudiante interrumpiendo el silencio—yo soy Hermenegildo Beidoa y traigo de Ponferrada el encargo de visitar á V. de parte de su familia.

Doña Petronila se quedó como quien vé visiones. Aunque no conocia á D. Hermene-

gildo, había oído decir á sus parientes y amigos que era un tipo feo y raquítico, una especie de pequeño mónstruo, digno de ser exhibido en una feria; y al encontrarse con aquel jóven de voz agradable y buena presencia, su sorpresa fué tan grande que no pudo por menos de exclamar:

—¡Beidoa! ¡Beidoa! ¡Pero es V. Beidoa?

—Servidor de V.—replicó Peteiro un tanto escamado.

—Yo no le conocía á V. personalmente, pero he oído hablar mucho de V. á mi familia. Yo creía á V. de más edad. ¿Y por allá siguen todos buenos?

—Si, señorita; y con muchos deseos de ver á V.

—¿Y Rosa? ¿Qué me cuenta V. de Rosa?

—¡Quién será esa Rosa!—dijo Peteiro para sus adentros. Y luego añadió en alta voz:

—Rosa, cada vez mas guapa.

—¡Qué me cuenta V.! ¡Una mujer que padece tanto y lleva mas de diez años encamada! ¿Es posible que haya mejorado?

—Si señorita; mucho—contestó Peteiro con aplomo—¡si ya todos dicen que parece cosa de milagro!

—¡Me deja V. *pámpana*! Y diga V., aún sigue acordándose del pobre Tiburcio?

—¡Como siempre! ¡Y eso que le decimos todos para consolarla que pronto volverá!

—¡Ave Maria purísima! ¡Si hace tres años que se ha muerto! ¡Cómo quiere V. que vuelva?...

—¡Señorita—replicó Peteiro un poco desconcertado—para Dios no hoy imposibles!

Las trabajadoras después de mirarse las unas á las otras, escondieron las caras detrás de la costura y comenzaron á reirse con disimulo. Doña Petronila les echó una mirada furibunda y luego clavó los ojos en el estudiante, para averiguar si hablaba de veras ó de burla; pero Peteiro continuaba grave é impertérrito, como si hubiera dicha la cosa mas natural del mundo.

—¿Y don Sebastian?—continuó preguntando—¿Qué me dice V. de D. Sebastian? ¿Aún no ha perdido el humor?

—¡Cá! ¡Génio y figura hasta la sepultura!

—¡Vaya con don Sebastian!

—Si, señorita, sí;—añadió Peteiro mirando á las trabajadoras con el rabillo del ojo—y ahora le dá la vena por hacer el oso á todas las muchachas.

—¡Un cura párroco haciendo el oso! ¡Usted se bromea!

Al llegar aquí ya no pudieron las trabajadoras contenerse por mas tiempo, y soltaron todas la carcajada.

—¡Señorita!—exclamó Peteiro con voz patética dirigiéndose á doña Petronila—no sé lo que me digo! ¡Perdone V. la incongruencia de mis contestaciones, pero me encuentro tan emocionado efecto de lo que acaba de sucederme en el viaje, que mi cabeza desvaría! Figúrese V. que en Ponferrada se ha cometido hace dos dias un crimen horroroso, que á cualquiera le pone los pelos de punta. Un individuo de malos antecedentes penetró á las doce del dia en casa de una señora viuda que vivía en compañía de una doncella y de un perro de corta edad, y los éxtranguló á los tres.

—¡Qué horror!—exclamaron á un tiempo doña Petronila y las trabajadoras

—El tal sugeto, á pesar de la actividad desplegada por las autoridades, no ha aparecido todavía por ninguna parte. Pues bien, señorita; ayer en el tren, de vuelta de Ponferrada, venía yo solo en un departamento de 1ª clase. Al llegar á la estación de Guitiriz, (serian próximamente las diez y media de la noche) abrióse la portezuela y penetró en el coche un individuo delgado, de poca estatura, feo, barbilampiño y con una cicatriz en forma de herradura sobre la mejilla derecha. Aquel hombre, no sé por qué, me hizo temblar de miedo cuando se sentó á mi lado! Al poco tiempo empezó á andar el tren y entonces el hombrecillo, haciendo un rápido movimiento, me puso un revólver al pecho y exclamó con atiplada voz:

—Caballero: sé que lleva V. en el bolsillo todos los documentos que acreditan su personalidad. (¡Efectivamente los llevaba! ¡Yo no sé como el bandido pudo averiguarlo!) ¡Vengan! ¡Pronto! ¡No quiero dinero! ¡Los documentos, los documentos son los que necesito!

—Lleno de terror se los entregué todos; y entonces me dijo:

—¡Cuidado! ¡No me descubra V.! ¡Porque si me descubre, haré con V. lo que hice con la viuda, la doncella y el perrito.

—¡Santo cielo!—exclamé—Este es el asesino de Ponferrada! En seguida con el miedo perdí el sentido por completo; y cuando lo recobré, ya había desaparecido el criminal!

¡Desde entonces estoy con el alma en un hilo! ¿Para qué querrá ese hombre mis documentos? ¡De seguro que piensa hacerse pasar por Hermenegildo Beidoa á los ojos de sus víctimas á fin de despistar á la justicia! ¡Porque, sin duda alguna, el hombre está dispuesto á cometer nuevos asesinatos! ¡Y por lo visto su especialidad criminal son las señoras; pues á mi no me ha hecho daño! ¿Comprenden ustedes ahora la falta de congruencia en mis respuestas? ¡Estoy en un estado de ánimo .. indescriptible! Pero—continuó levantándose—ya he molestado á ustedes demasiado. Señorita—añadió alargándole la mano á doña Petronila—Hermenegildo Beidoa, como particular y como veterinario, tiene el honor de ponerse á sus ordenes y de ofrecerle sus servicios; oferta que hago extensiva á estas señoritas ¡A los piés de ustedes!

Y Peteiro, despues de esta grotesca é inesperada despedida, tomó la puerta con rapidez vertiginosa y se lanzó á la calle, dejando á doña Petronila y á sus seis aprendices, pálidas, temblorosas y mudas de espanto, ante el recuerdo de la inverosímil y extravagante historia que acababa de contarles.

II

Aquella misma noche D. Hermenegildo Beidoa, el auténtico, ó como si dijéramos el *verdadero zaragozano*, mientras Peteiro quedaba en su cuarto estudiando la lección para el día siguiente, salió á dar un paseito para despejar la cabeza como él decia, pues se encontraba un poquito mareado.

Maquinalmente dirigió sus pasos por la calle de [#] ^{##}; y al pasar por delante de la casa de doña Petronila, observó que habia luz en el taller.

—Pues señor—dijo D. Hermenegildo, hablando solo—la hora no es muy apropiado para visitar á la modista; pero ya que estoy aquí, casi me dan tentaciones de entrar. La verdad, que no es tarde todavía. ¡Aún hace un momento qué dieron las siete! Además, hay un refran que dice: Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. ¡Ea, vamos allá!

Y dicho y hecho; el dichoso Beidoa, bien ageno de pensar en lo que iba á sucederle, penetró en la casa y tiró del cordón de la campanilla.

—¿Quién?—preguntó abriendo la puerta la misma muchacha que se la abriera á Peteiro.

—¿Está doña Petronila?

—Si señor. Pase V.—replicó la jóven.

Y hétenos aquí á D. Hermenegildo de pié en el centro del taller y frente á las siete mujeres, que lo contemplaban con curiosidad.

—¿Quién es aquí doña Petronila?—preguntó con aire de autoridad; porque hay que advertir que D. Hermenegildo era muy mal educado.

—Aquí está, caballero.—¿Qué se le ofrecía á V.?—contestó doña Petronila en el mismo tono.

—Pues... yo soy don Hermenegildo Beidoa...

No pudo terminar la frase.

Las siete mujeres se levantaron á un tiempo como movidas por un resorte y avalanzándose hácia la puerta, comenzaron á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡El asesino!

Al oír aquellas voces desesperadas toda la gente que pasaba por la calle acudió al lugar del suceso; y antes de dos minutos el taller de doña Petronila se habia llenado de curiosos.

A todo esto don Hermenegildo creía estar soñando ó en una casa de locos y no hacía otra cosa que exclamar:

—¡Pero, señor, que es esto! ¿Dónde está el asesino?

—¡Socorro! ¡Socorro!—continnaban gritando las siete mujeres.

—¿Qué pasa? ¿Ha sucedido alguna desgracia?—preguntaban todos los circunstantes.

Al fin, despues de algunos minutos de confusión, apareció (tarde como siempre) un agente de arden público; y doña Petronila con el rostro desencajado y los pe'os de punta, agarrándole por un brazo le dijo con temblorosa voz señalando á D. Hermenegildo:

—¡Préndalo V. guardia! ¡Ese es el asesino! ¡El que mató á la viuda, á la doncella y al perrito!

—¡Yo el asesino!—replicó Beidoa asombrado—¡Esa mujer está loca!

—¡Vamos á ver! ¿Qué ha hecho V.?—dijo el guardia dirigiéndose á D. Hermenegildo—¿Es cierto el asesinato que se le imputa?

—¡Que asesinato ni que niño muerto! ¡Yo soy don Hermenegildo Beidoa!

—¡No le haga V. caso guardia! exclamó doña Petronila interrumpiéndole. ¡Ese es un nombre supuesto! ¡Es un criminal terrible!

—¡A la carcel con él! gritaron todos los circunstantes, à quienes la figura de don Hermenegildo se les había hecho antipática.

—Pero señor, decía furioso, D. Hermenegildo—¿con que derecho...?

—¡A la carcel! ¡A la carcel! continuaba gritando todo el público.

Y no valieron amenazas, ni ruegos, ni protestas por parte de D. Hermenegildo. ¡Aque-lla noche tuvo que dormir en la perrera! con gran contentamiento de Peteiro que, aprovechando la ausencia de su Mentor, corrió una *juerguecita* de padre y muy señor mío.

Al día siguiente se descubrió toda la verdad y D. Hermenegildo salió de la carcel echando chispas y jurando y perjurando que el pícaro de Peteiro se las había de pagar todas juntas

¡Y efectivamente, las pagó con creces, porque el pobre Peteiro no tenía padre ni madre, ni persona alguna en todo el globo terráqueo, que se interesase por él; y su curador que era un viejo solteron, avaro, y sin entrañas, de acuerdo con D. Hermenegildo, lo embarcó para la América del Sur sin dejarle terminar su carrera y diciendo que no podía hacer bueno de aquel calavera desalmado

¡A veces una niñería decide el porvenir de un hombre!

¡Si à Peteiro, que era un chico de felicisimas disposiciones le hubieran dejado terminar su carrera, quien sabe los altos destinos que el porvenir le reservaba! ¡En cambio hoy estará probablemente vendiendo especies allende de los mares, detrás del mostrador de una tienda de Ul ramarinos; ¡O acaso descansará, olvidado, en el eterno sueño!

¡Pobre Peteiro: si todavía existes y, por casualidad, llega este episodio à tus manos envolviendo algún paquete de géneros ultramarinos, te ruego que me des noticias tuyas y... ¡que te suscribas por un año al *Extracto de Literatura!*

Enrique Gabarta.

LIBROS RECIBIDOS

PALOTES—*Cuentos nuestros precedidos de un prólogo de Leopoldo Cano, por Luis Gabaldón y Angel Blanco.*

El mayor elogio que puede hacerse de este libro es decir à ustedes que el que comienza à leerlo ya no lo deja hasta el fin. Véndese al precio de 2 pesetas en la librería de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo 2, Madrid.

LAS NUEVAS IDEAS—*Estudios sociales, por Constantino Piquer.*

Esta interesante obrita de palpitante actualidad y que es digna por todos conceptos de la atención de los que se dedican à la buena lectu-

ra, véndese al precio de una peseta en las principales librerías.

PROEZAS DE GALICIA, explicadas bajo la conversación rústica de los dos compadres, Chito y Mingote, por D. José Feruández y Neira, Reimpresas por A. Martinez Salazar é ilustradas por U. González y R. Navarro.

En este libro, escrito en la lengua gallega y en forma dialogada, se cuentan las hazañas de los hijos de nuestra *pequeña patria* en la guerra de la Independencia. Las ilustraciones de Urbano González y R. Navarro contribuyen al realce de la obra. Se la recomendamos à todos los gallegos *enxebres*. Véndese al precio de 2 pesetas en la librería de E. Carré, Luchana 16, La Coruña.

CORRESPONDENCIA

Sr. D. V. L. C.—Si señor; pero es necesario que antes de nada tome V. un refresco.

Sr. D. P. V. R.—¿Eso que V. me envía es verso ó prosa? Por ahora no me ha sido posible averiguarlo

Sr. D. E. R. G.—Al verso que le indiqué le falta una sílaba, aunque V. me asegure lo contrario. ¿Quiere V. apostar *cient pesetas*? En cambio, el que V. me indica está bien medido. ¿Quiere V. apostar otras *cient*?

Zambomba.—

«Un día mi amiguito Pancho
Iba de paseo por la Habana
Y el pantalón que era de campana
Le venía un poquito ancho.»

¡Ah, señor de Zambomba: á la cuarteta de V. le pasa lo mismo que á los pantalones de Pancho, pues tambien *le viene un poquito ancha!*

Sr. D. F. T.—Para publicarle á V. ese artículo era preciso que estuviese yo... tan loco como usted.

Caspitina.—Si hubiera un código penal literario, usted y yo íbamos al patíbulo.

Sr. D. R. M. S.—¡Y usted tambien! *Maquiavelo.*—¿Qué si manda V. la firma? ¡No señor! porque una vez identificada su personalidad, me vería en la precisión de enviarle á V., en cambio, la Guardia civil.

PREGUNTAS

(Á 15 CÉNTIMOS)

Sr. D. R. L. M.—¿Podrá V. decirme por dónde anda *Chiriví* á estas horas?

—Si señor; por los *cervros... de Ubeda.*

El mismo.—¿Los granos que le salen á X proceden de una e. s. ó de un vicio en la piel?

—Pues... proceden, sin duda, de un vicio... de la piel.

El mismo.—¿Cómo podría yo robar al telegrafista la perrita *Semicorchea*?

—Dándole palabra de casamiento.

A 30 CÉNTIMOS

Sr. D. J. C.—Dígame V. en una quintilla si puede hallarse una consonante á polvo que no sea *ego te absolvo.*

—Una consonante á *polvo* que no sea *ego te absolvo*, la halla enseguida un gallego, porque en vez de *vuelvo luego*, puede decir: *lôgo volvo.*

SUMARIO

Texto.—*Marqués de Riestra*, por Enrique Labarta.—*Crónica de la semana* por Gerardo Alvarez Limeses —*Como empezó á escribir Luis Taboada...*, por Juan Neira Cancela.—*Parodios* por José G. Acuña.—*A una Rosa*, por Marcelino Sors Martinez.—*Agua de colonia*, por J. Vega Blauco —*Carta abierta* por Javier Val arce Ocampo.—*Episodios de la vida escolar*, por Enrique Labarta —*Libros recibidos.*—Correspondencia.—Preguntas —Anuncios.

Grabados.—*Retrato del Marqués de Riestra*, de fotografía directa.—*Las economías.*—*Monólogo de actualidad.*

A N U N C I O S

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —

DIRECTOR-PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR

ENRIQUE LABARTA POSE

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
" " semestre,
3'50 idem.
" " año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
" " año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

Toda la correspondencia tanto literaria como administrativa, dirijase á
D. **Enrique Labarta**, FERIA 38—PONTEVEDRA.

EL LIBRO

« F O L I A S D E P A P E L »

DE

D. ALBERTO G. FERRERIO

SE VENDE AL PRECIO DE 3'50 PESETAS FJEMPLAR
en «El Siglo», Pontevedra y en las librerías de Fé, Carrera de San Jeró-
nimo 2, Madrid; de Miranda, Plaza Mayer y Sol, 5, Or nse y de Carré,
Luchana, 16, Coruña.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.